

TANATOS: ontología de la muerte

*El hombre no es más que una caña,
la más frágil de la naturaleza, pero
es una caña pensante. No hace falta
que el universo entero se arme para
destruirla; un vapor, una gota de
agua, es suficiente para matarla.
(PASCAL)*

D

ejar de existir, ausentarse de la presencia de los objetos y de las personas, es el tema que pretendemos describir en estas líneas, no obstante, de la única forma que podemos hablar de la muerte es desde la vida, o por lo menos no se conoce otra forma, desde un criterio evidencial. Esta característica ya demarca los límites de esta exposición, primero, no vamos a problematizar las características de la nada después de la vida, aunque en algunos casos las mencionaremos, tema del cual se especula mucho en los últimos tiempos. Segundo, tampoco nos interesa ha-

José Hoover Vanegas García

*Profesor Departamento de Ciencias Humanas
Universidad Autónoma de Manizales
Licenciado en Filosofía y Letras
Estudios en Maestría en Filosofía con Énfasis en
Epistemología*

cer una descripción patológica del proceso de la muerte. sólo queremos mostrar una aproximación ontológica del dejarse de ser.

En términos fantasmagóricos, cada uno tiene su propia historia. El hombre además de ser un ente fisiológico, es un producto cultural, histórico e ideológico; por ésto, no puede existir en el mundo de la significación una presencialidad corporal sin pasado. Por consiguiente, vivir para los seres pensantes es introducirse dentro de la historia, dentro de lo que está sucediendo, es el desocultamiento de la sucesión de brevedades, como incursión en lo otro y los otros; la vida se manifiesta por medio de la presencia con las cosas espacio-temporalmente

Según ésto, la vida se puede describir como un aparecerse del cuerpo en unos instantes secuenciales. En este sentido la vida es una apariencia: ocular, olfativa, auditiva, táctil, gustativa y consciente de existirse sumergido y perpetrado en el mundo y por el mundo. El estar existiéndose después

En términos fantasmagóricos, cada uno tiene su propia historia. El hombre además de ser un ente fisiológico, es un producto cultural, histórico e ideológico; por ésto, no puede existir en el mundo de la significación una presencialidad corporal sin pasado.

de haberlo nacido asegura la categoría de la vida

Ahora bien, la vida como categoría lógica hay que diferenciarla de la concepción ontológica del ser: el "yo" pronombre universal, es análogo a la categoría lógica significada, no en mi existencia corpórea, sino en mi existencia pensada: v.g. no es coherente afirmar que mi cuerpo es docente sino que "yo soy" docente, sin embargo, con esta afirmación se corre el peligro de caer en el dualismo cartesiano y en la cosificación de la mente; pero esta sería una suposición apresurada puesto que consideramos que el pensamiento es un producto en forma de estado de este receptáculo que camina con nosotros, este tronco fragmento de materia entre líquido y sólido, más bien viscoso, con cinco o seis prolongaciones y nueve ventanas visibles, por lo menos siete de ellas, ya que la ropa se convierte en obstáculo ocular al exterior. El yo es un producto Psíquico, neurológico que exhorta al cuerpo a escindirse en dos o más

Si ésto es verdad, entonces, morir es el fin-final de la

Pero lo que hace animado al cuerpo, lo que hace de este un vehículo corporal, un quimiosistema semiabierto y autocontrolado que sintetiza proteínas, es aquello que los antiguos le llamaban alma y de lo cual afirmamos que es un proceso psíquico neuronal,

integralidad cuerpo-mente. No obstante, esto no significa que el cuerpo no siga existiendo despojado de la vitalidad o ánimo; de hecho un cuerpo cadáver puede convertirse en objeto de estudio, lo que sucede es que lo existido en el cadáver deja de ser, y por consiguiente de animizar al mismo. De aquí se infiere que este receptáculo material se le pueden atribuir diversas alternativas después de ser des-animado: puede ser un fiambre como afirman algunos pensadores, seremos devorados inescrupulosamente, entonces nos transformamos en parte carnal de los gusanos; la segunda posibilidad es que nos conviertan en ceniza; y la última, ya antes mencionada, es la posibilidad de ser conservado, como cadáver objeto anatómico de unos cuantos estudios de la ciencias de la salud o, a lo mejor, conservados bajo el proceso de plastinización en una vitrina de un museo cualquiera, como lo muestra la exposición de cadáveres de Hagén en Alemania.

Pero lo que hace animado al cuerpo, lo que hace de este un vehículo corporal, un

quimiosistema semiabierto y autocontrolado que sintetiza proteínas, es aquello que los antiguos le llamaban alma y de lo cual afirmamos que es un proceso psíquico neuronal, termina igualmente con lo corporal, a nuestro parecer.

Actitudes Frente a la Muerte

Una de las mayores actitudes del hombre frente a la muerte ha sido el rechazo. Parece que ella llevara una carga semántica negativa, quizá por la evidencia presencial de la ausencia de nuestros seres queridos. Nuestros antepasados ritualizaban la muerte para expulsarla, hacían simulacros de hombres de paja y los echaban al agua, con lo cual querían alejar este fenómeno del presente: "Después de terminar el muñeco, le ataban a un palo largo que llevaba una muchacha, si representaba a un viejo o a un muchacho; si el bausón representaba una vieja, lo llevaban en procesión los jóvenes armados con palos y cantando que estaban echando a la muerte. Cuando llegaban al agua tiraban la efigie a ella y se volvían corriendo veloz-

mente ante el temor de que pudiera montarse en sus hombros y retorcerles el cuello”

Ahora bien, el hombre siempre ha tenido la imagen de la eternidad, quizá porque la experiencia nos transmite que lo que acaba vuelve a empezar, o tal vez producto de la impotencia del hombre frente al fin-final de todo; no obstante, podemos afirmar que la humanidad tiende a ser eterna, producto del demoníaco amor o pasión que hace que nos elonguemos en el tiempo por medio de la procreación, pero este atributo no se cumple en la individualidad. La muerte es un suceso privado y seguro de un particular.

La actitud frente a la muerte a finales de este siglo ha sido eludida como asegura Arangure; todo el mundo se puede morir, menos yo; este es el imperativo que se maneja en nuestra época. Ahora, eludir la muerte no sólo se logra olvidándola sino teniéndola presente; en el primer caso no se toma en serio; se mira como un fenómeno independiente de la vida; en el segundo, se apropia la muerte

de tal forma que mora en nuestro pensamiento, como algo cotidiano y por consiguiente la ignoramos. Es cierto que el hombre tiende a quitarle valor a lo que posee, y sólo lo reconoce cuando lo pierde, en el caso de la muerte se manifiesta con las personas más cercanas ya que ella no es una experiencia propia, como lo veremos más adelante: “Pero la muerte puede ocultarse tanto silenciándola, como hablando de ella”

Siguiendo al autor de *Ética* afirmamos que existen otras actitudes frente a la muerte como son: la negada, la apropiada, la buscada y la absurda. La muerte negada es asumir este fenómeno sin tanto protocolo y sin tanta gravedad. Aquí podemos citar a determinadas doctrinas o religiones las cuales exhortan a sus súbditos a morir como beneficio, no como tragedia, Sócrates, v.g.: quiso asumir el final como el inicio de lo verdadero pero con la esperanza de no terminar; esto es, soslayar la verdadera significación de la ausencia total de posibilidades desde un sólo lado del límite o de la puerta, desde la vida, sin conocer si “hay algo” al otro lado. Aferrarse a un constructo imaginario como justificación de nuestra impotencia de la eternidad.

Ser eterno significa nunca terminar de empezar, el fin de lo que se comenzó es la muerte, dejarse de existir. Al hombre lo nacen, este es el comienzo, el punto cero de la presencia corporal, ahora, el punto cero no es un lugar de llegada, es un estado que camina el tiempo de lo empezado; por ello se empieza a morir en el mismo momento en el que se nace. Esta concepción es a la que se le llama la muerte apropiada; la muerte mantiene

asida a la espalda de todo ser vivo; la muerte es una propiedad in-despojable de todo el empezar. Ahora bien, este concepto de que no llegamos a la muerte, que caminamos con ella, se manifiesta en cualquier instante. Esto es lo que los griegos consideraban la vida trágica, la cual liberaba al hombre a vivir cada brevedad con toda la intensidad que amerita el estar siendo. La muerte apropiada es considerar que somos un cadáver con un pedazo de ánimo pendiente al futuro de un gastado hilo.

La muerte buscada la expone **Arangure como la inclinación de las personas por terminar en la nada**, ejecutar aquello que nos deja sin posibilidades; ésto es, hacer posible la imposibilidad; el suicidio parece ser la forma de actitud de la muerte buscada. Sin embargo, la actitud es sólo la potencia a inclinarse por la muerte, pues esta búsqueda es la única que después de encontrada no se puede testificar su encuentro, por lo menos desde la vida. Ahora bien, se puede considerar que el deterioro corpóreo que le produce el cuerpo a nuestro vehículo cadavérico es una forma de

suicidio natural. La muerte buscada es una actitud vivencia que termina en el encuentro de la nada absoluta, de la no existencia buscada.

Existe, como lo enunciábamos anteriormente, la muerte absurda, al parecer nadie puede morir en sí mismo, esto es, el dejar de ser no es una experiencia, puesto que si muero no puedo experimentar mi muerte, y, si no he muerto, tampoco puedo saber lo que no he vivido. en otras palabras, la muerte no puede ser develada sino en forma de testimonio ocular de quienes han visto morir, Al respecto nos dice Arangure, al citar a Epicuro: "Mientras tú existes no existe la muerte y cuando la muerte sobreviene ya no existes tú".³ Lo cual quiere decir, que la muerte solo es significada en la medida en que exista alguien que dé testimonio de ella. Por consiguiente, podemos afirmar que una muerte absurda es aquella en la cual no haya testigos.

Podemos pensar en otras actitudes frente a este fenómeno, como por ejemplo la muerte declarada, los enfermos terminales o los sentenciados a muerte. La actitud

La muerte apropiada es considerar que somos un cadáver con un pedazo de ánimo pendiente al futuro de un gastado hilo.

de estos seres humanos no es de aceptación, sino de imposición, natural en el primer caso y social en el segundo. A esta forma de muerte se llega con el conocimiento de que se va a morir, pero no con la conciencia final de ella, puesto que la mayoría de estas personas entre más se aproxime el final, más se apegan a la vida, al parecer porque cuando se tiene la muerte tan cerca es cuando se empieza a valorar la vida. Al respecto enunciaba Kant: "Lástima que se tenga uno que morir en el momento mismo en el que se empieza a ver cómo habría que vivir"⁴

La naturaleza de la Muerte

Preguntarse por la naturaleza de la muerte implica la pregunta: ¿cuál es el ser de la muerte? Inicialmente podemos reafirmar que este "fenómeno" no es una experiencia, es conocimiento a priori, el ser de la muerte no es un suceso que podemos conocer por medio de la experiencia, por consiguiente, cada vez que se utiliza el verbo ser para categorizarla, por ejemplo: "es", es un límite, nos vemos inmersos en muchos problemas, porque si es un límite ¿cómo puedo yo conocer el lado opuesto de la vida? ya que este concepto nos exhorta a pensar el límite como una línea divisoria en el cual consideramos ambos lados, uno es la vida, y ¿el otro?

Esta clase de conocimiento no encuentra otro marco teórico más que la especulación no científica, aunque no por ello deje de ser fascinante pensar en la posibilidad que después de muertos nos aseguren que estábamos en cámara escondida... ésta es una alternativa, como alguna vez lo escuché en una conferencia, despertarse y darse

cuenta que se está muerto... sería una de las cosas más impactantes que le puede suceder al hombre. No obstante estas consideraciones no tienen peso científico y por ello son ambiguas. Ahora bien, cuando afirmamos que la muerte es el fin-final, lo único que puedo asegurar es la ausencia corporal del cadáver, (con las variantes expuestas anteriormente) por lo menos puedo testificar la carencia de la vida hablada o lenguajeada del ausente, por lo tanto el ser de la muerte es la ausencia de la vivificación de lo que una vez fue animado.

Una de las características del ser consciente y animado es poder relacionarse con el mundo, pero además se es consciente de tal relación, en el caso de la vista, por ejemplo: no sólo se ve, sino que se puede ver viendo, como lo afirma Merleau-Ponty, La muerte implica la ruptura final de la acción de verme viéndome, aunque a lo mejor a mí me sigan viendo. Morir es dejar de ser observándose, es dejar de ser algo más que cosa en el mundo de la vida.

La muerte es un concepto pre-dado, que cuando se da deja de ser; desde este enunciado podemos afirmar el valor de la muerte. El valor es ese estatus que cobran las cosas o los actos o las ideas dentro de una cultura por medio de un convenio intencional en una sociedad; el dejar de existirme ha cobrado un valor pero no como cosa empírica, ni como acción, sino como un concepto pre-dado en el pensamiento; la celebración de un cumpleaños no es el festín que se hace por la edad que se cumple, sino porque transcurrieron trescientos sesenta días sin que nos hayamos muerto, esto es, celebra-

mos los días que seguimos vivos.

Otro criterio de valor frente a este concepto pre-dado es la tristeza que se manifiesta cuando alguien esta al borde del río del olvido; lo mismo los ritos funerales, aun teniendo en cuenta que el hombre es un ser hecho para morir. Ahora bien, en todos estos valores encontramos un punto convergente, el estatus que tiene la ausencia de la vida hablada, es negativo. La muerte parece ser una tragedia, pero no para el actor principal del suceso sino para los testigos, quizá porque la muerte del otro siempre me está recordado la mía propia. Al respecto afirma Heidegger: "La muerte se desesboza sin duda como una pérdida, pero más bien como una pérdida que experimentan los supervivientes. En el padecer la pérdida no se hace accesible la pérdida misma del ser que "padece" el que muere"⁵

Sin embargo la muerte es un fenómeno de la vida, porque en el mundo que deja tras de sí quien se ausenta es en donde se legitima la no presencia material del cadáver y la carencia de la vida hablada del mismo. La vida es un estado abierto a posibilidades de ser, ella se manifiesta siempre siendo y morando el mundo, la muerte es una ausencia total de posibilidades, o dicho de otra forma, es la imposibilidad de todas las posibilidades, así lo afirma el autor de Ser y Tiempo, Esto significa que dejar de existirse es la única posibilidad de tener la imposibilidad y por lo tanto ella es parte de las posibilidades, ésto es, de la vida, en conclusión, la muerte es un suceso de la vida.

Podemos concluir ontológicamente que la vida nos proporciona la posibilidad de describir el concepto pre-dado de la muerte y como tal estamos en la ca-

pacidad de decir que en la ausencia total de las determinaciones, la muerte, es un suceso digno de ser explorado y desmitificado para quienes aún seguimos viviendo: "Apágate fugas antorcha, apágate! nuestra vida es una pobre sombra, un triste autor que gesticula un instante sobre la escena, para luego caer en el olvido..., un demente aparatoso contando una leyenda necia con una carga vacía"⁶

⁵ FRAZER, James George. La Rama Dorada. Magia y Religión. Colombia Fondo de Cultura Económico. 1995. Pág. 359-360.

⁶ ARANGURE, José Luis. Ética. Barcelona. Altaya, 1995. Pág. 301

⁷ ARANGURE IBID. PÁG. 301

⁸ KANT, Emmanuel. Filosofía de la Historia. Santafé de Bogotá. Fondo de Cultura Económico. 1994. Pág. 92

⁹ HEIDEGGER, Martin. El ser y la nada. Colombia. Segunda Edición. Fondo de Cultura Económico. 1993. Pág. 261

¹⁰ SHAKESPEARE. Obras. Tomo I. Macbeth. Madrid. Fuenlabrada. 1983. Pág. 438.